



En homenaje a FAUSTINO CORELLA ESTELLA

(Tarazona, 1906 - Pamplona, 1991), fundador y alma mater de la Peña Pregón, en el 80.º aniversario de esta Sociedad Cultural Navarra, y con ocasión de la edición del número 200 de la serie histórica, le dedica este artículo.

Artículo que se publicó en Pregón Siglo XXI, en cuatro partes, en los números:

- ♦ 4 (Navidad 1994)
- ♦ 5 (San Fermín 1995)
- ♦ 6 (Navidad 1995) y
- ♦ 7 (San Fermín 1996)

nº65
80 años
200

ORÍGENES Y SERVICIOS DE LA PEÑA PREGÓN

*Conferencia de Faustino Corella.
Pamplona, 15 de noviembre de 1985*

I

El origen de la Peña «Pregón» fue de lo más sencillito natural del mundo. Su mayor virtud radicó en esto: nació humildemente y sin grandes pretensiones. Cuatro amigos (Ignacio Baleztena, José María Iribarren, José Díaz-Jácome y yo) nos reunimos para tratar de la publicación de una revista. Puesto que los cuatro teníamos nuestros trabajos «oficiales», trabajos que nos absorbían el tiempo y no nos permitían meternos de lleno en una empresa formal, enfocamos el proyecto como si de una aventura se tratase. Los propósitos eran modestos y comenzamos a reunirnos con mayor frecuencia para ponernos de acuerdo, organizar y coordinar los preparativos que exigía la publicación de una revista cultural y navarrista, como, en efecto, fue PREGÓN.

Una revista trimestral, como aquella, parecía exigir el montaje de una redacción y de unos despachos en toda regla, pero a nosotros nos bastó con los rincones de una imprenta. Esa imprenta fue «La Acción Social», relacionada por aquél entonces con las oficinas de la Federación Social-Agraria del mismo nombre.

Las primeras reuniones formales, necesarias para maquetar la revista, las teníamos unas veces en el domicilio de Ignacio Baleztena, otras en el domicilio o en el despacho de José María Iribarren, o en mi casa o en la de José Díaz-Jácome.

A estas reuniones, que eran más frecuentes a medida que la revista adquiría importancia o se aproximaba la fecha de aparición de cada uno de los núme-



*Excursión fin de curso en junio de 1988.
Atrio y fosar de la parroquia de Echalar. (Foto: Archivo de Pregón)*

ros, se fueron incorporando otros amigos y colaboradores a quienes entusiasmba la empresa que habíamos proyectado.

Si en un principio fuimos cuatro, al poco tiempo éramos ya siete, y, a partir de esta cifra, el número de «pregoneros» fue oscilando entre seis y nueve, según las ausencias debidas a obligaciones o compromisos particulares. Esto dio lugar a los diversos timbrazos de las puertas de nuestros domicilios, con las consiguientes molestias de abrirla, preparación de abundantes cafés, vaciado de botellas de coñac o pacharán y contaminación del ambiente domiciliario por el humo de innumerables pitillos y algún que otro cigarro.

Con este panorama ya os podéis imaginar que un buen día nuestras respectivas esposas se hartaron y se pusieron de acuerdo para decirnos: «Si necesitáis reuniros para tratar de vuestros escritos, podéis hacerlo en el kiosko de la Plaza del Castillo; pero, en casa, sanseacabó». Se ha dicho que la mujer tiene una sonrisa para todas las alegrías, lágrimas para todos los dolores, consuelo para todas las desgracias, excusa para todas las faltas, (súplica para todos los infortunios) y esperanza para todos los corazones, pero las nuestras no tuvieron comprensión para nuestras aficiones literarias.

Los «pregoneros» nos quedamos, pues, sin domicilio, desahuciados y a la intemperie.

Puestos a buscar cobijo, nos pusimos pronto de acuerdo en citarnos en el «Bar Cinema». Era un sitio céntrico, nos venía bien a todos y su dueño, el difunto Juanito Poza, se nos ofreció incondicionalmente para todo lo que quisiésemos o necesitáramos. La vida allí (os hablo de los años 50) era agradable, cordial y trascendió a los círculos de nuestras respectivas amistades. De aquí que, de los seis a nueve contertulios del principio, se pasara a otros más que se incorporaron con gran entusiasmo y aquello terminó por convertirse en un grupo muy numeroso.

II

DEL CINEMA AL YOLDI

Había veces que, con sólo los "pregoneros", casi se llenaba el "Bar Cinema" y se hacía imposible tratar de algunos asuntos. La tertulia se atomizaba y surgían subtertulias, de manera que para poder encauzar temas de la revista poco menos había que tocar la campanilla. Ello me obligó a hablar separadamente con los "fundadores", diciéndoles: "Con

estas asambleas plenarias, de hasta catorce y dieciocho miembros, no es posible proyectar la revista, hacer sugerencias sobre los temas a publicar, encomendar la redacción de los trabajos y coordinar debidamente nuestro proyecto. Se habla de todo menos de la revista, de manera que os propongo formar un "permanente", que se reúna los miércoles, dejando los sábados para los plenos".

Se aceptó mi idea y se acordó vernos los miércoles... casi en se-



Cruz de Veruela (Foto: Archivo de Pregón)

creto. Baltasar Gracián dijo que "el secreto es un tesoro que a veces se convierte en carbón ardiente". La campechanía y gran bondad de Ignacio Baleztena fueron carbón que prendió enseguida, de donde vino a incendiarse el secreto. Nuestras reuniones de los miércoles pasaron a no servir de mucho, pero algo se consiguió: los miércoles quedaron dedicados a la revista y los sábados dieron paso a lo que inusualmente se convirtió en Peña "Pregón".

La Peña "Pregón" comenzó a atraer a más gente y el "Bar Cinema", afortunadamente para su dueño, contaba ya con una numerosa clientela. La suma de una cosa y otra obró el milagro de que todos nos sintiéramos incómodos. Entre los "pregoneros", algunos comenzaron a quejarse del barullo existente en el bar y otros a lamentarse de la falta de oxígeno que procuraba sustituirse generosamente con el humo de los innumerables fumadores, por lo que José María Iraburu (el buen escritor que firmó con el pseudónimo José María de Luzaide) propuso que se trasladara la Peña al Hotel Yoldi. Dijo que ya había iniciado felizmente las oportunas gestiones con el buen amigo Marcos Daspa y se convino el traslado. De esta manera, el Hotel Yoldi se convirtió en la residencia de la Peña "Pregón" para sus reuniones de los sábados, mientras que el "Bar Cinema" quedaba para las reuniones de los miércoles, día éste de "permanente" y que era de tranquila afluencia en el establecimiento.

La época, la prolongada época del Hotel Yoldi, fue muy dehiscente, extraordinaria y de una gran significación. Para mí, además, resulta emocionante cada vez que la evoco. Algunos me han llegado a decir que fue la época de oro de PREGON, época en la que nuestra Peña constituyó el punto obligado de reunión de una maravillosa pléyade literaria y artística. Dejarme rendir homenaje a Ignacio Baleztena, José María Tribarren, José María Iraburu, Pedro García Merino, Francisco López Sanz, Manuel Iribarren, José Cabezudo Astráin, Nicolás Ardanz, Pedro Lozano de Sotés y Pachi Arrarás.

De aquella etapa dorada quedamos ya muy pocos, como José Joaquín Arazuri, José María Pérez Salazar, Francisco Salinas Quijada, Florencio Idoate, José Javier Uranga, Baltasar Soteras y Ricardo Ollaquindia. Menos mal que con el tiempo se fueron incorporando otros amigos que han sabido mantener el espíritu limpio, noble y altruista, enamorado de Navarra y sus cosas, que siempre presidió los afanes "pregoneros". Ahí están Serafín Argai, Jesús Tanco, José Berrueto, Antonio José Ruiz, José Salazar Pérez, Julio Masset, Jesús Mary Omeñaca, Fernando Español y Fermín Jiménez.

Al señalar la época del Hotel Yoldi como extraordinaria y de gran significación, época en la que Joaquín Roa acudió sistemáticamente cada vez que se escapaba de los escenarios y platos madrileños para descansar, y que sirvió para descubrir en él un muy aceptable prosista, llegó al punto del tema que se me ha encomendado tratar en esta charla.

Tan a gusto celebrábamos aquellas reuniones que, sin abandonar los sábados del Yoldi, acordamos reunirnos todas las tardes durante el verano, en la terraza del Bearin, después de comer. La Peña "Pregón", sin comerlo ni beberlo, se había convertido en un verdadero centro de atracción cultural y durante muchos veranos desfilaron por ella, honrándonos con su asistencia y compañía, los veraneantes y viajeros de condición literaria y artística que venían a Pamplona. Muchos de ellos eran amigos o conocidos de algunos de los contertulios, pero otros venían ya casi "teledirigidos" desde Madrid, o desde otros puntos de origen, a la Peña, que oficiaba como recepcionista cuasioficial de Pamplona.

PERSONAJES SINGULARES

Eran años en que la Diputación Foral de Navarra organizaba por el verano unos cursillos que traían a la capital del viejo reino firmas y personajes de primera magnitud. Recuerdo a Rafael Lapesa y a Francisco Ynduráin, asiduos de esos cursillos, y a Fernando Lázaro Carreter y Fe-

derico Muelas, en calidad de profesores de literatura del Instituto.

Otro que se convirtió en un asiduo de la Peña durante varios veranos fue el renombrado Cristóbal, copista oficial y restaurador del Museo del Prado, a quien la Diputación encargó la restauración de algunos retablos en algunas iglesias, como el de la parroquia de Cizur Mayor. Cristóbal coincidió aquí con la época de veraneantes de Claudio de la Torre y de su esposa, la buena escritora Mercedes Ballesteros, quienes pasaban con nosotros prácticamente todo el verano.

Un año pudimos tratar ampliamente a Dámaso Alonso, debido a su larga estancia veraniega en Pamplona. Era amigo personal de José María Iribarren e Ignacio Baleztena, y les dijo a éstos que había sido una agradable sorpresa para él encontrar aquí una Peña literaria como la nuestra.

Gustavo de Maeztu, cuando vino a Estella, lo teníamos frecuentemente por Pamplona y siempre a nuestro lado. El gancho primero para él fue encontrar entre nosotros al pintor Jesús Basiano, pero terminó por entusiasmarse de tal manera con el ambiente de los "pregoneros" que terminó por ofrecerse a colaborar en la revista. Escribió cuatro artículos muy interesantes, titulados "Amesko'a. Origen de Navarra", artículos que ahora serían de gran actualidad y verdadero interés por la documentación que en ellos se muestra. Por si alguien desea conocerlos, diré que están publicados en los números de marzo, julio, septiembre de 1945 y julio de 1946. Pero su firma no pudo aparecer ya más en PREGON, a causa de su fallecimiento.

Cuando la Caja de Ahorros Municipal inauguró su primera sala de exposiciones en la calle García Castañón, Miguel Javier Urmeneta (colaborador también de PREGON) quiso que la inauguración se hiciera con una firma de primera categoría y se puso al habla con Benjamín Palencia, que aceptó muy gustoso.

Dada la importancia del personaje, Miguel Javier pidió que la Peña "Pregón" se ocupara de atenderle y obsequiarle, incluyendo en ésto la organización de alguna excursión por nuestra geografía a cuenta de la Caja.

Como Benjamín Palencia nos habló largo y tendido de las guerras carlistas (tema éste que le apasionaba), creímos oportuno llevarlo a Tierra Estella. Le acompañamos Baleztena, Tribarren y yo, y le enseñamos, entre otras cosas, la casa de Maeztu. También nos alargamos hasta Los Arcos, para que viese el retablo y los altares de la parroquia. Puedo decir que la impresión que le causó todo esto fue tremenda, por la riqueza que suponía todo aquello. ¡Con qué fruición se detuvo contemplándolo entusiasmado! Nos llamó la atención cómo acariciaba las columnas, los adornos, los angelotes.

Por unas cosas y otras llegamos a establecer con él una gran camaradería. En los recorridos por las calles de Pamplona, y debido a la forma de ser de Ignacio y José Mary, que estuvieron siempre muy expresivos y ocurrenciosos con sus comentarios y chascarrillos, recuerdo cómo llamó la atención una tarde, Benjamín Palencia en la calle Mayor con sus risas y gestos ante una de las observaciones que hizo Iribarren con la gracia y la sorna que acostumbraba.

Tuvimos con él alguna que otra cena, y en una de ellas nos sorprendió contándonos algunas intimidades. Cuando se despidió nos dijo que no olvidaría nunca a Pamplona y que se convertía en su propagandista, pues había encontrado en Navarra un ambiente insospechado, no frecuente en otras poblaciones de mayor importancia. Conservo de él un precioso dibujo que me regaló y que tiene su pequeña historia. Habiéndole acompañado mi hijo a una de las excursiones por Navarra, le manifestó que quería dejarle a él y a mí un recuerdo. Y cuenta mi hijo que, sentado en la hierba, valiéndose de un frasquito de tinta china y una pequeña rama de árbol, esbozó los dos dibujos con una maestría innegable. Al entregár-

selos, le dijo: "Voy a dedicarlos y firmar los porque, más que estos monigotes, lo que algún día puede valer, es mi firma". Se equivocó y escribió en los dos "Para Faustino Corella". Mi hijo protestó y hubo de tachar el nombre de Faustino para escribir encima el de José María.

III

STOLZ Y EL MONUMENTO

Es "entregarse" al ambiente de la Peña, a Pamplona y Navarra, pudimos escucharlo también de labios de otros personajes. Ahí está Ramón Stolz, el gran pintor que realizó la cúpula de la basílica de los Caídos.

Según me dijo en una de las visitas que hizo a mi casa, cuando llegó a Pamplona no conocían más que al arquitecto Sr. Yárnoz y no podía sospechar que hubiese aquí una agrupación cultural tan importante como la Peña "Pregón". El tiempo que empleó en pintar la cúpula de los Caídos, y que pasó de tres meses, estuvo en constante relación con todos nosotros, sobre todo los sábados, día en que íbamos casi la Peña en pleno a visitarle tras nuestra tertulia del café.

Esto dio origen a que José María Iribarren inventase el verbo "cupulear". Efectivamente, cuando levantábamos la sesión, José Mary decía: "¿Vamos a cupulear?", y nos encaminábamos hasta los Caídos a hacerle un buen rato de compañía. Por cierto, que nos entró remordimiento de que podíamos hacerle perder el tiempo y un sábado no fuimos a visitarle. Al sábado siguiente se nos presentó en la terraza del Bearin preguntando qué es lo que ocurría y por qué no habíamos ido el sábado anterior. Había sentido mucho nuestra ausencia y nos dijo que le hacía ilusión que fuéramos a verlo, y que le agradaba nuestra compañía ante la soledad de aquellas alturas, además de agradecer nuestros comentarios al enseñarnos lo que había trabajado durante la semana.

De verdad que se lo agradecemos y por eso convertimos el "cupuleo" en una costumbre. Al terminar la cúpula de los Caídos, tuvo el detalle de invitarnos a que diéramos unos brochazos sobre un fondo intrascendente para que pudiéramos decir que habíamos colaborado con él. El trozo que pintamos los "pregoneros" es el fondo que figura bajo el ángel y la inscripción "Deus lo volt". Que Ramón Stolz se enamoró de Pamplona y de su ambiente cultural a través de nuestra Peña, se demostró con el hecho de que cuando fueron a buscarle, al cabo de cierto tiempo, para que pintase la cúpula de la parroquia de San Miguel, aceptara el encargo sin condiciones ni precio. Puedo atestiguar que, ante el encargo, dijo: "Páguenme ustedes lo que crean que es justo o lo que quieran. Para mí, volver a Pamplona y reanudar la amistad con "Pregón" es el mejor pago que pueden hacerme". Así con tales condiciones, volvió el gran Stolz a pintar a Pamplona.

OTROS AMIGOS

"Pregoneros" fueron también Alfredo Marquerie y el malogrado escritor, premio Nadal, José María Sanjuán, que colaboraron abundantemente en la revista. Y tuvimos también en nuestra tertulia a importantes nombres del teatro, como José Tamayo, José Luis Alonso, Luis Escobar... Por cierto, que José Luis Alonso, director aquel entonces del Teatro Nacional María Guerrero, mantuvo importantes conversaciones con José María Iribarren sobre crítica literaria, siendo de la ya bastante generalizada opinión, que el mejor escritor por manejo de la lengua castellana no es Cervantes sino Gabriel Miró y que nos hizo pasar ratos deliciosos comentando con agudeza y tino su impresión sobre Moscú y la Unión Soviética tras la larga estancia que tuvo allí contratado para el montaje de varias obras clásicas españolas.

Podría seguir dándoos algunas referencias más, dejando así testimonio de la presencia que la Peña "Pregón" tuvo en su aspecto, digamos cultural y hasta so-



Acto cultural organizado por Pregón en el Club Taurino de Pamplona. Año 1987. (Foto: Mena)

IV

En la primavera del año 1950 dedicamos un número extraordinario de PREGON a la Sexta Merindad, denominada hoy con galicismo insoportable "Baja Navarra". Era aquella época de tirantes relaciones entre España y Francia y nuestro deseo de ir a "l'autre côté" para obtener publicidad

y colaboración de nuestros vecinos, resultaba empresa nada fácil. Conseguir el pase fronterizo era algo así como "poner una pica en Flandes" y, aun conseguido éste, encogía un tanto el ánimo atravesar la increíble proliferación de controles que había establecidos. A esto debe añadirse que, emprender la aventura con los escasísimos fondos de la Administración de PREGON y la dificultad de transporte (casi nadie tenía entonces vehículo de cuatro ruedas), era algo más que coadyudaba a encoger un poquito más el ánimo. Pero, en fin, se le echó coraje al asunto y, dada la calidad de las personas y el motivo del viaje, no fue muy difícil convencer al Gobernador Civil para que nos diese los correspondientes salvoconductos.

El viaje, como diría un político de hoy, resultó positivo. Obtuvimos bastante publicidad y la valiosa colaboración de prestigiosos escritores, tales como Pierre Et-handi, Louis Inchauspe y otros más. Al regreso, tras haber pasado los varios controles que había entre Behobia y Mugaire, cuando subíamos el puerto de Velate por la noche, con shirimiri y niebla cerrada, observamos los guiños de una linterna mortecina. Era un nuevo control sorpresa. Una patrulla de la Benemérita nos dio el alto con un impresionante despliegue de metralletas y perros policía.

cial. Presencia que hoy ha quedado un tanto diluida por culpa de las circunstancias, pero que, cual "ave Fénix" aún resurge con algún destello. Fue el caso, por ejemplo, de hace unos pocos años, cuando Antonio, el bailarín Antonio, vino a la Peña "Pregón" de la mano de Serafín Argai. Nos pidió que le presentáramos al gran compositor Fernando Remacha, como así se hizo, y tuvo también con nosotros confidencias personales que mayormente depositó en conversaciones mantenidas con mi hijo y que él guarda para sacar a la luz alguna vez. Tras su marcha recibimos de él algunas cartas y está vivo su deseo de volver a Pamplona, a pasar un rato con todos nosotros.

EL P. BERTRÁN

Hay una circunstancia que me obliga a detenerme finalmente en hablaros de un eximio poeta muerto recientemente que fue numerosas veces contertulio de PREGON y que no dejó un número de la revista sin su colaboración. Falleció hace pocas semanas en Cataluña. Me refiero a mi buen amigo el jesuita, de gran personalidad, insigne poeta y profesor de Barcelona, el P. Bautista Bertrán.

Dejadme daros alguna noticia de su gran personalidad y de

su afecto por Pamplona y por Navarra.

Ni por temperamento ni por ambición, era un hombre que buscara la nombradía y la popularidad. Al comentar su muerte en el "ABC", dijo de él Martín Descalzo: "Había vivido en silencio y se nos fue sin que nos enterásemos. Y, sin embargo, el padre Juan Bautista Bertrán era uno de los más importantes poetas cristianos —si no el más importante— que ha producido España en las últimas décadas".

Y al referirse al silencio seguía: "me duele porque es injusto. Aunque es nuestro mundo, con su ignorancia, quien pierde al olvidarle". "Su poesía era tierna como su corazón, limpia como su alegría, sensible como sus palabras. El padre Bertrán era como un franciscano que se hubiera metido jesuita, alguien que logró una estupenda simbiosis de sacerdocio y mundo sobrenatural". "La poesía era para él "espuma de la vivencia interior", y supo en esto, ser radicalmente fiel a la mejor poesía cristiana y a los caminos de la modernidad. En él aprendimos muchas las primeras lecciones de ese nuevo quehacer poético que, finalmente, acercaba la poesía religiosa, alejándola de la falsa retórica supuestamente pía, a quienes hoy escriben".

Paramos obedientemente y, antes de que se nos la requiriera, comenzamos a buscar nuestra documentación.

Se acercó a la ventanilla del conductor un Cabo de la Guardia Civil y preguntó que de dónde veníamos. Hubo un momento de duda. Creo que a todos nosotros se nos pasó por la cabeza la idea de contestar que de Elizondo o de Santesteban, para evitar posibles suspicacias, dadas las circunstancias, pero preferimos ser honestos y contestamos que veníamos de Francia.

—¿De Francia? -dijo el Cabo con sequedad y casi colérico—, ¿de Francia? ¡Bajen todos del coche! ¡Venga, rápido! ¡Abajo todos!

Supimos más tarde que la Guardia Civil había recibido un “soplo” sobre un alijo de armas, pero en nuestra ignorancia nos desconcertó —y preocupó— la actitud del Cabo y de uno de los números de la Guardia Civil que vino a situarse junto a él portando amenazadoramente un subfusil. Menos mal que yo no me di cuenta de que otro de los números se apostó tras nosotros sujetando por el collar a un perrazo que parecía ser archivo de las peores intenciones. El asunto se puso, en segundos, pero que muy feo.

Vicente Galbete tuvo una idea que nos salvó del trance. Llevaba encima su carnet de oficial del Ejército y, aunque ya estaba licenciado, se lo alargó con gran serenidad al encrespado Cabo, mientras se presentaba reglamentariamente:

—Teniente de Infantería Vicente Galbete. Permítame, Cabo, que dé la novedad al Coronel Baleztena que viene de paisano en el otro coche.

Nos quedamos de una pieza. Pero Galbete, con la mayor seriedad del mundo, se dirigió al otro coche, que conducía Masito López, y dando un taconazo se cuadró militarmente ante la ventanilla trasera y le espetó al bueno de Ignacio:

—¡A sus órdenes, mi Coronel! Un control volante de la Guardia Civil en

misión especial, al mando de un Cabo.

Le he dicho que venía a informarle de lo que ocurre.

Ignacio Baleztena, que tenía un empaque marcial indiscutible y era por aquél entonces el decano de los “pregoneros” debido a su edad, podía pasar perfectamente por un Coronel auténtico. Y como era hombre muy agudo, cogió onda en el acto.

—Dígale al Cabo que se presente.

El pobre Guardia Civil avanzó unos pasos y se cuadró ante Ignacio.

—¡A la orden de Usía, mi Coronel!

—Dígame, Cabo, ¿qué ocurre?

Y el Cabo informó al “Coronel Baleztena” de que había información sobre un alijo de armas, procedente de Francia, que venía precisamente en dos turismos del mismo tipo y marca que los nuestros. ¡También fue coincidencia! Pero, bueno, la cosa parecía que iba a quedar perfectamente arreglada.

Sin embargo, el bueno de Ignacio, que se lo estaba pasando a lo grande y gozando más que un chico con una tiza, no tuvo mejor idea que la de ponerse a rizar el rizo. Con gesto entre campechano y autoritario, alargó por la ventanilla una bota de vino que llevaban en el coche de él para alivio de viajeros resecos, y espetó:

—Muy bien, Cabo. Descanse y échese un trago, que la noche está muy fría.

—Gracias, mi Coronel; pero estamos de servicio.

—No importa. Considérelo como una orden. Beba.

Se nos puso a todos un nudo en la garganta. El buen Cabo echó un trago y, al ir a devolver la bota. Baleztena dijo:

—Que beban también los demás. La noche es mala para todos y hay que calentarse.

En ese momento, José Mari Iribarren me dijo por lo bajo:

—¿Pero qué está haciendo Ignacio?

—¡Nos van a fusilar a todos!

Mientras los otros números de la Guardia Civil bebían de la bota, Ignacio Baleztena mantuvo un rato de charla con el Cabo, elogiando la estampa del perro. Reintegrada finalmente la bota al coche del supuesto Coronel, y tras desear éste el acostumbrado “¡Buen servicio!», se dirigió enfáticamente al conductor y dijo:

—Sargento López, ¡adelante! Continuemos viaje.

Nada más arrancar, José Mari Iribarren, suspirando hondamente, comentó:

—Lo mato. A Ignacio, lo mato. Si dura esto dos minutos más, creedme que me da algo.

No fue Iribarren el único que lo pasó mal. Todos estábamos muy nerviosos y acongojados, hasta tal punto que hubimos de parar en las Ventas de Ulzama para echar un trago con el que aliviar el susto.

Al descender de los coches, el propio Vicente Galbete se dirigió a Ignacio Baleztena y le dijo:

—¡Ignacio, por Dios! Pero, ¿estás en tu sano juicio?

E Ignacio, el bueno de Ignacio, adoptando un porte marcial increíble, con tono autoritario, replicó:

—¡Usted se calla, Teniente!

Yo, entonces, le interpele:

—¿No te das cuentas, Ignacio, de que hemos podido terminar todos de muy mala manera?

Y Baleztena, me contestó:

—¡Qué vamos a terminar, Faustino! Todos los de la Guardia Civil son buenos chicos.

Y con esta anécdota, real como la vida misma, doy por terminada mi intervención. Muchas gracias por vuestra paciencia y buenas noches.



Faustino Corella Estella